

León—según Valera, a quien sigo en este recuento—imitó a Horacio, a Petrarca, a Platón, a Píndaro, a Virgilio, a Cicerón y a San Agustín. El originalísimo Góngora cosechó sin descanso en los huertos clásicos. Goethe imitó a los griegos y a los orientales, peculiarmente a Eurípides, entre los primeros. Kalidassa inspiró su *Prólogo de Fausto*. Nótase en varios pasos del poema la inspiración que arranca de Sacúntala, el bello drama sánscrito. Torcuato Tasso inspiró también. Razón tuvo el bardo alemán cuando dijo a Eckermann: «Desde que nacemos, el mundo nos influye sin cesar y en todo. Sólo podemos atribuirnos nuestra energía, nuestra fuerza y nuestra voluntad. Si me pusiere a enumerar todo lo que debo a mis grandes predecesores y a mis contemporáneos, qué poco me restaría».

De la literatura francesa ha dicho Croisset: «Nuestros grandes escritores de los siglos XVI y XVII son discípulos de Roma y Grecia: si Homero y Virgilio, si Demóstenes y Cicerón no hubiesen existido, nuestra literatura francesa clásica no sería lo que es. Roma misma fué educada por Grecia, a quien es preciso buscar en definitiva». Casi todos los más célebres apólogos que son gloria de Esopo, de Fedro, de Lafontaine y Samaniego, proceden de la India, como lo demostró Max Müller. El naturalista Fabre hace remontar a la misma fuente la calumniosa fábula de *La Cigarra y la Hormiga*.

Andrés Chénier, «creador de la moderna poesía lírica francesa», fué un descarado copista de griegos y latinos. Víctor Hugo tomó de un cuento árabe, traducido recientemente por Mardrus, la parte más original de *Poder igual bondad*, y Carducci fué acusado de haberle sustraído *Le Chevala* Hugo (Cuatrero literario). Nietzsche, imitó a Max Stirner; D'Annunzio plagió a Nietzsche, a Peladán y a Maupassant, entre otros. Sería de no acabar continuar recordando cuanto se ha dicho y escrito al respecto, y no obstante ser tan evidente lo aquí afirmado, todos esos poetas ciñen laurel propio y viven perennemente en la memoria de la especie, y es porque las ideas son patrimonio universal: la originalidad estriba en el modo de presentarlas. El sello individual, el estilo, el exterior ropaje de cada pensamiento, poderosamente auxiliados por la amnesia humana, procuran el atributo de la originalidad literaria. Dumas comenzó así el discurso de recepción en la Academia Francesa: «Si el mundo no olvidara, yo habría terminado aquí mi oración». Preciso sería llegar de Cirio a Marte para brindar ideas nuevas, temas no sabidos, puntos de estética no agotados ya. El proceso es

el mismo para todos: «Una emoción entrañable» (por ser íntima) provocada por los sentidos; una breve labor de *disociación* que actuando sobre estados de conciencia, clasifica las percepciones y las hace aptas para ser combinadas. Interviene luego el factor temperamento que da origen, tratándose de individuos bien dotados, al tipo artístico visual: Víctor Hugo; al auditivo: Beethoven; al olfativo: Baudelaire (confesión suya); al táctil: D'Annunzio, tipos que pueden participar, en mayor o menor grado de las características de los otros. La reacción emocional será proporcionada a la sensibilidad del artista que traducirá a imágenes la impresión recibida. A veces la subconciencia trabaja a espaldas del autor, sin que él lo advierta, y entonces le decimos inspirado. Shelley, Poe, Mozart, Chopin, Musset, tuvieron esa rara fortuna. Para Goethe, *Hamlet* no es explicable sino como un fenómeno intuitivo, pero el modo y las fuentes de inspiración poética son, han sido y serán las mismas siempre, porque nuestra infeliz raza no está

¿Le interesa Renán?

Lea usted la segunda parte de las PÁGINAS ESCOGIDAS, versión de C. Hispano y edición del CONVIVIO. Remítanos \$ 1-00 y a vuelta de correo se las mandaremos.

preparada todavía para la profundidad de tu estética, Divino don Lope de Azuero. Conviene, eso sí, que para aclararnos tus doctrinas, des por vía de ejemplo el nombre de aquellas obras, en los poetas de que tanto gustas, cuyas fuentes no pueden señalarse. Todos se han inspirado en alguien o en algo; la originalidad a estas alturas del siglo XX, no puede pedirse a las ideas sino al estilo. Ya lo dijo alguien: «La verdadera y buena originalidad ni se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas o imágenes, o por tomar asunto de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene ser fecundo y valer bastante para trasladarse al papel que escribe y quedar en lo escrito como encantado, dándole vida inmortal y carácter propio».

Anarkos recuerda a Zolá, has dicho. Como el francés pintó mineros en *Germinal*, es posible que a ese punto te refieras ya que mi poema es un ciclo que comienza en el animal que está más cerca de nosotros, el perro, y se cierra en la personificación de los valores espirituales. Zolá se inspiraría, a su turno, en referencias de mineros, pues es difícil suponerlo soterrado con

ellos. Debieron de servirle asimismo relaciones auténticas de las empresas o publicadas por los diarios, de aquellas faenas, dolores y catástrofes; fuentes todas al alcance de quienquiera, sin que sea preciso acudir, cuando se trate de mineros, a la novela de Zolá.

Palemón fué inspirado por France. Pensárase que para ti la Historia Eclesiástica deriva de la novela de Anatole. Plagados están los cronistas eclesiásticos de pasajes análogos. Antes de saber yo siquiera que existía el autor de *Thais*, me eran ya familiares, de mucho tiempo atrás, *El Prado Espiritual* del monje Surio y las *Actas*, de Bollandus, el famoso compilador jesuita. Muchas veces hojeé la edición príncipe del flamenco, y el caso de *Palemón*, que no es de hoy ni de ayer sino de siempre, es tan común en todos los relatos de su género, como los dermatosis en los hospitales. De seguro France, lo mismo que Flaubert, se inspiraron a su vez en autores antiguos puesto que sus obras fueron de reconstrucción, carácter que ni tiene el poema.

Donde realmente eres admirable es en este pasaje: «San Antonio recuerda las vidas de santos y a San Jerónimo». ¡Qué sagacidad crítica la tuya, carísimo don Lope! Sirve de epígrafe al poema el paso en que San Jerónimo menciona el encuentro del primer ermitaño con el Centauro. Afírmase allí que dialogaron, y eso es todo; yo forjé el diálogo y eso es mi poema. Bastante me suministró el poderoso Doctor de la cueva de Belén con el anuncio de aquella charla! En todo bloque de mármol existe una estatua. El trabajo es sacarla. Todo tema es un bloque; quitarle lo que sobra es hacer la estatua. Razonando como tú, ruedan de sus pedestales todas las grandes obras del pasado: ¡qué decir de nuestros cacharros de Ráquira!

Hemos visto cómo se encadena la labor poética y cómo los autores se influyen recíprocamente, lo que en concepto tuyo les resta mucho mérito intrínseco. Si no pudiese darse con la fuente en que se inspiró alguno, griego, romano o bárbaro, bastaría asegurar que tal o cual poema, o la obra entera, existen de cabo a rabo en el diccionario de la respectiva lengua. Cuando los máximos poetas de todos los tiempos han bebido en vaso ajeno, es salir muy bien librado saber que uno halló el tema de sus obras en episodios de la vida humana. Inspiróse Mirón en una vaca; Praxiteles en una mujer; Cánova, en otra; Bidas en unos versos de Homero (?), Guido Remi, en la mismísima aurora (a la que agregó un carro), y este pobre sentenciado de don Lope de Azuero, en la vida de santos y pecadores.

(Concluirá en el próximo número).

página 313